



**Porfirio Barba Jacobo**

## **POEMAS**

### **FUTURO**

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!):  
soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,  
en el vital deliquio por siempre insaciado,  
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;  
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;  
la tierra mexicana le dio su rebeldía,  
su libertad, su fuerza... Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;  
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;  
fue sabio en sus abismos -y humilde, humilde, humilde-  
porque no es nada una llamita al viento...

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,  
que nunca humana lira jamás esclareció,  
y nadie ha comprendido su trágico lamento...

Era una llama al viento y el viento la apagó.

## CANCIÓN DE LA VIDA PROFUNDA

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,  
como las leves briznas al viento y al azar...

Tal vez bajo otro cielo la Gloria nos sonría...  
La vida es clara, undívaga, y abierta como un mar...

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,  
como en Abril el campo, que tiembla de pasión;

bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,  
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,  
como la entraña oscura de obscuro pedernal;

la noche nos sorprende, con sus profusas lámparas,  
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...  
-¡niñez en el crepúsculo! ¡lagunas de zafir!-

que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,  
¡y hasta las propias penas! nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,  
que nos depara en vano su carne la mujer;  
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,  
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,  
como en las noches lúgubres el llanto del pinar:

el alma gime entonces bajo el dolor del mundo,  
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día  
en que levamos anclas para jamás volver;

un día en que discurren vientos ineluctables...  
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

## **SOBERBIA**

Le pedí un sublime canto que endulzara  
mi rudo, monótono y áspero vivir.

El me dio una alondra de rima encantada...  
¡Yo quería mil!

Le pedí un ejemplo del ritmo seguro  
con que yo pudiera gobernar mi afán.

Me dio un arroyuelo, murmullo nocturno...  
¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,  
para que a mis sueños prestase calor.

Me dio una luciérnaga de menguado brillo...  
¡Yo quería un sol!

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,  
y el verdor edénico, y el azul Abril...

¡Oh sórdido guía del viaje nocturno!  
¡Yo quiero morir!

## **BALADA DE LA LOCA ALEGRÍA**

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-  
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-  
soy un perdido -soy un marihuano-  
a beber y a danzar al son de mi canción...  
Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.

Una bacante loca y un sátiro afrentoso  
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.

Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,  
y la gracia encadena con rosas la pasión.

¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles  
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!

Danzad al soplo de Dionisos que embriaga el corazón...

La Muerte viene, todo será polvo  
bajo su imperio: ¡polvo de Pericles,  
polvo de Codro, polvo de Cimón!

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-  
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-  
soy un perdido -soy un marihuano-

a beber y a danzar al son de mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,  
de Numidia ardorosa, y de toda la rosa  
de los vientos que beben las águilas romanas,  
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.

Danzad en deliciosos, lúbricos episodios,  
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.

Flaminio, de cabellos de amaranto,  
busca para Heliogábalo en las termas  
varones de placer... Alzad el canto,  
reíd, danzad en báquica alegría,  
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.

La Muerte viene, todo será polvo:  
¡polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,  
polvo de Ovidio, polvo de Nerón!

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-  
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-  
soy un perdido -soy un marihuano-  
a beber y a danzar al son de mi canción...

Aldeanas del Cauca con olor de azucena;  
montañas de Antioquia, con dulzor de colmena;  
infantinas de Lima, unciosas y augurales,  
y princesas de México, que es como la alacena

familiar que resguarda los más dulces panales;

y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,  
ardorosos, baldíos,  
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;

mozuelos de la grata Cuscatlán-¡oh ambrosía!-  
y mozuelos de Honduras,  
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras;

entrad en la danza, en el feliz torbellino:  
reíd, jugad al son de mi canción:  
la piña y la guanábana aroman el camino  
y un vino de palmeras aduerme el corazón.

La Muerte viene, todo será polvo:  
¡polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,  
polvo en la urna, y rota ya la urna,  
polvo en la ceguedad del aquilón!

Mi vaso lleno -el vino del Anáhuac-  
mi esfuerzo vano -estéril mi pasión-  
soy un perdido -soy un marihuano-  
a beber -a danzar al son de mi canción...

La noche es bella en su embriaguez de mieles,  
la tierra es grata en su cendal de brumas;  
vivir es dulce, con dulzor de trinos;  
canta el amor, espigan los donceles,  
se puebla el mundo, se urden los destinos...

¡Que el jugo de las viñas me alivie el corazón!  
A beber, a danzar en raudos torbellinos,  
vano el esfuerzo, inútil la ilusión...

## **EL SON DEL VIENTO**

El son del viento en la arcada  
tiene la clave de mí mismo:  
soy una fuerza exacerbada  
y soy un clamor de abismo.

Entre los coros estelares  
oigo algo mío disonar.

Mis acciones y mis cantares  
tenían ritmo particular.

Vine al torrente de la vida  
en Santa Rosa de Osos,  
una medianoche encendida  
en astros de signos borrosos.

Tomé posesión de la tierra,  
mía en el sueño y el lino y el pan;  
y, moviendo a las normas guerra,  
fui Eva... y fui Adán.

Yo ceñía el campo maduro  
como si fuera una mujer,  
y me enturbiaba un vino oscuro  
de placer.

Yo gustaba la voz del viento  
como una piñuela en sazón,  
y me la comía... con lamento  
de avidez en el corazón.

Y, alígero esquife al día,  
y a la noche y al tumbo del mar,  
bogaba mi fantasía  
en un rayo de luz solar.

Iba tras la forma suprema,  
tras la nube y el ruiseñor  
y el cristal y el doncel y la gema  
del dolor.

Iba al Oriente, al Oriente,  
hacia las islas de la luz,  
a donde alzara un pueblo ardiente  
sublimes himnos a lo azul.

Ya, cruzando la Palestina,  
veía el rostro de Benjamín,  
su ojo límpido, su boca fina  
y su arrebató de carmín.

O de Grecia en el día de oro,

do el cañuto le daba Pan,  
amaba a Sófocles en el Coro  
sonoro que canta el Peán.

O con celo y ardor de paloma  
en celo, en la Arabia de Alá  
seguía el curso de Mahoma  
por la hermosura de Abdalá:

Abdalá era cosa más bella  
que lauro y lira y flauta y miel;  
cuando le llevó una doncella  
¡cien doncellas murieron por él!

... Mis manos se alzaron al ámbito  
para medir la inmensidad;  
pero mi corazón buscaba ex-ámbito  
la luz, el amor, la verdad.

Mis pies se hincaban en el suelo  
cual pezuña de Lucifer,  
y algo en mí tendía el vuelo  
por la niebla, hacia el rosicler...

Pero la Dama misteriosa  
de los cabellos de fulgor  
viene y en mí su mano posa  
y me infunde un fatal amor.

Y lo demás de mi vida  
no es sino aquel amor fatal,  
con una que otra lámpara encendida  
ante el ara del ideal.

Y errar, errar, errar a solas,  
la luz de Saturno en mi sien,  
roto mástil sobre las olas  
en vaivén.

Y una prez en mi alma colérica  
que al torvo sino desafía:  
el orgullo de ser, ¡oh América!  
el Ashaverus de tu poesía...

Y en la flor fugaz del momento

querer el aroma perdido,  
y en un deleite sin pensamiento  
hallar la clave del olvido;

después un viento... un viento... un viento...  
¡y en ese viento, mi alarido!

## **CANCIÓN DEL TIEMPO Y EL ESPACIO**

El dulce niño pone el sentimiento  
entre la pompa de jabón que fía  
el lirio de su mano a la extensión.

El dulce niño pone el sentimiento  
y el contento en la pompa de jabón.

Yo pongo el corazón -¡pongo el lamento!  
entre la pompa de ilusión del día,  
en la mentira azul de la extensión.

El dulce niño pone el sentimiento  
y el contento. Yo pongo el corazón...

## **LAMENTACIÓN DE OCTUBRE**

Yo no sabía que el azul mañana  
es vago espectro del brumoso ayer;  
que agitado por soplos de centurias  
el corazón anhela arder, arder.

Siento su influjo, y su latencia, y cuando  
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,  
da al cielo de los niños rosicler,



y que, bajo el laurel, el héroe rudo  
algo de niño tiene que tener.

¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,  
a un alba de inocencia renacer!  
Pero la vida está pasando,  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda  
del afecto, los lirios del placer,  
la magnolia de luz de la energía,  
lleva en su blando seno la mujer.

Mi sien rendida en ese seno blando,  
un hombre de verdad pudiera ser...

¡Pero la vida está acabando,  
y ya no es hora de aprender!

## **LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE**

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.

Sus manos enseñaban a amar los lirios  
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.

En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.

Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,  
suave y fragante y musical.

Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,  
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Atehortúa era muy sencillo  
y traía una infantilidad inagotable.

Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,  
fluía por las escarpas de mi madurez  
como fluye por el cielo la leche del alba.

Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida

me pareció que me envolvía el rumor de una selva  
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.

Hay almas tan melódicas como si fueran ríos  
o bosques en las orillas de los ríos.

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado.

Como un licor de bajo precio,  
la vida le produjo una embriaguez innoble.

Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.

Había en su voz un glú-glú redentor  
y su amante le llamó una vez  
"el Príncipe de las hablas de agua".

Leonel Robledo era muy tímido  
bajo una apariencia llena de majestad.

En el recóndito espejo de su ternura  
se le reflejaba la imagen de una mujer.

Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.

Le vi llorar una vez por males de ausencia  
y me dije: hay una tempestad en una gota de rocío,  
y, sin embargo, no se conmueven los luceros...

Stello Ialadaki era armonioso, rosáceo, azulino,  
como los mares de Grecia, como las islas que ellos ciñen.

Efundía del mundo algo irreal, risueño, fantástico.

Se le veía como marchando de las playas de ensueño  
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,  
hacia las vagas latitudes  
por donde erró Sir John de Mandeville.

Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,  
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.  
¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía  
como los roncacos ecos del monte a los pinos.

Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.

Sus ilusiones fructificaban como una floresta  
oculta por los tules del "todavía-no".

Sus palabras revelaban la fuerza de la realidad,  
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

## **ELEGÍA DE SEPTIEMBRE**

Cordero tranquilo, cordero que paces  
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:  
hundiendo en el lodo las plantas fugaces  
huí de mis campos feraces  
un día...

Ruiseñor de la selva encantada  
que preludias el orto abrilero:  
a pesar de la fúnebre muerte, y la sombra, y la nada,  
yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino  
a perderte en la azul lontananza:  
los dioses me han hecho un regalo divino:  
la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga  
que conjuntas el trigo dorado:  
al influjo de soplos violentos,  
en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura.

Tabor al febril mediodía,  
silente deidad en la noche estilífera y pura:  
¡nadie supo en la tierra sombría  
mi dolor, mi temblor, mi pavor!

Y vosotros, rosal florecido,  
lebreles sin amo, luceros, crepúsculos,  
escuchadme esta cosa tremenda: ¡He Vivido!

He vivido con alma, con sangre, con nervios, con músculos,  
y voy al olvido...

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

